

## LA TRIBU DE GRODDECK.



Vann Spruiell

Este pequeño artículo fue escrito con un propósito especial, una evocación del lado más oscuro de las inconscientes (y conscientes) fantasías en todas las personas. El artículo se centra deliberadamente en los postulados del salvaje e independiente médico, Georg Groddeck, a quien Freud admiró y apoyó, a pesar de la oposición de numerosos analistas durante los años 20 y los primeros dos años de los treinta. Este artículo se explica por sí mismo, y fue escrito para el Journal of the Philadelphia Association for Psychoanalysis, 1979, vol. 6: 175-181; personalmente estoy muy satisfecho de poder reproducirlo textualmente, excepto por aquellos cambios que he tenido que hacer de corrección de texto y de adición de Notas al pie de páginas, para adecuarlo a 1997.

Cada medicina fuerte necesita un antídoto, o por lo menos un amortiguador. Por supuesto las psicoterapias –concepto referido al trabajar con la mente o con las maneras de desarrollo de la mente– son medicinas fuertes. Cuando la teoría se interesa en preocuparse por el sí mismo, los mejores antídotos son las observaciones clínicas realizadas a través de la práctica del psicoanálisis y también, aunque en menor grado, el retornar a los textos de esos escasos colegas que, además de Freud, exploraron en las profundidades y nos enseñaron lo visto.

Georg Groddeck es uno de ellos, y su libro “El libro del Ello” ha sido regularmente incluido en las clases teóricas del cuarto año en el Instituto Psicoanalítico de New Orleans. En medio de los defensores y detractores de la Psicología del Yo, los estudiosos y revisionistas, los divulgadores de la psicología, neurofisiología, filosofía, lingüística, ingeniería eléctrica, Teoría General de Sistemas, Biología, y otras, a Groddeck le corresponde un lugar. Pero un lugar que no es aquel de un teórico sistemático (él mismo ridiculizaba esa idea), ni tampoco el del “analista salvaje” como gustaba autoproclamarse. En cierto sentido, él representa un jovial y apasionado testimonio que nos recuerda aquellas fantasías y actos más privados de las personas relacionados con la vida del cuerpo, esas experiencias más infantiles, y más cercanas al Ello. Después de todo, la vida del Ello es central en el quehacer psicoanalítico, como lo es la vida del Yo y del Superyo.

Si yo tuviera que concebir un curso específicamente de Teoría de Desarrollo Psicoanalítico, las escrituras de Groddeck estarían también incluidas. Los observadores profesionales del Desarrollo generalmente lo hacen fuera del hogar y a menudo no siempre conocen a las madres muy bien, ellos tienden a presentarnos niños que, de alguna manera parecen ser siempre muy agradables, muy ingenuos, muy vulnerables, muy razonables, muy limpios, muy libre de culpa; sus sexualidades parecen siempre castas. Tales niños pueden ser (“comprensiblemente”, según los observadores profesionales) “impulsivos”, y los padres comunes podrían llamarlos simplemente, “malos.” A excepción de los analistas kleinianos, y las personas cercanas a Winnicott, quien fue fuertemente influido por Klein, no muchos analistas destacarían la naturaleza peligrosamente mortal de los objetivos de tales niños. Este hecho, es también comprensible, pues muchos analistas son aptos solo para tratar a niños mayores y adultos, ya que ellos en cierto sentido, son vidas públicas públicamente observadas. Los miembros de la tribu de Groddeck son todos ellos de una dimensión más urticariante. Reconstruidos a partir de su propia memoria y de las de sus pacientes, nosotros reconocemos en ellos, inmediatamente a nuestros pacientes, a nuestros niños y a nuestras más íntimas experiencias.

Por años no ha sido fácil encontrar traducciones inglesas de los trabajos de Groddeck, e incluso hoy en día muchas de ellas están fuera de circulación. No obstante en 1976, apareció una nueva edición del “Libro del Ello”, que incluía una interesante introducción de Lawrence Durrell<sup>1</sup>, y en 1977 la publicación de una selección de sus Escritos junto con la correspondencia con Freud, bellamente editada por Lore Schacht, haciéndonos un poco mas accesible el material de estudio.

Georg Groddeck vivió la mitad de su vida en el siglo XIX, la otra mitad en el siglo XX. Nacido en 1866, diez años después de Freud, murió en 1934 en Suiza, poco después de huir de la Gestapo. Poco antes de ello, él había enviado al recientemente elegido Hitler un impertinente telegrama. Groddeck, era un médico general de la mente muy independiente y de intereses filosóficos y literarios inusualmente amplios. El amó e ironizó sobre aquello que llamaba “la cualidad esencial del ser médico”, postulando que, “era una tendencia a la crueldad la cual había sido suprimida hasta hacerse útil, y la cual tenía como freno el horror a causar dolor” (p. 4).

Groddeck fue alumno de Schweningen, médico personal de Bismarck. Schweningen entendía al médico como un simple catalizador al servicio de reestablecer un proceso terapéutico. Groddeck tenía su propio estilo “casi tan grande como mi aversión al sangriento comercio del cirujano, es mi aversión a los venenos clasificados de la farmacopea, y por eso me orienté a dar masajes y al tratamiento mental; éstos no son menos crueles, pero se adaptan mejor al deseo de cualquier hombre particular de sufrir “(p. 5).

Explorando más y más en las mentes de sus pacientes, él descubrió los principios básicos de la simbolización, de la resistencia, y de la transferencia, aunque no los conceptualizó como tal. Por el contrario, había escrito un artículo en 1912 donde criticaba duramente al psicoanálisis; el artículo fue escrito sin el beneficio de un gran conocimiento, un ataque “lanzado de una posición de envidia profética, de quien hablaba” (Groddeck, 1977, p. 32). En 1913, comenzó a leer los trabajos de Freud más seriamente. Renuente, aunque directo –para alguien orgulloso de su originalidad y de su honradez– poco después se llamaría un discípulo de Freud.

Con todo, él de ninguna manera fue un discípulo propenso a la sumisión. Antes de aprender sobre psicoanálisis, había llegado a la conclusión de que: los hombres pueden creer que están viviendo sus propias vidas, pero ellos de hecho son “vivididos” por un “algo” inconsciente, una gran fuerza, por aquel misterio de la vida que Goethe llamaba “Gottnature”. Y por que eso, es inefable –de hecho una ficción, decía, solo una forma de pensar acerca del hombre– Groddeck encontró útil tomar prestado de Nietzsche, el término “Ello”. Para él, Conciencia, Yo, si mismo, enfermedades físicas, síntomas neuróticos y las proezas y felonías de los hombres son básicamente manifestaciones del Ello, un Ello, proteico, que puede dividirse, fragmentarse, experimentar, construir, jugar, y destruirse, finalmente incluso hacia la propia muerte.

En consecuencia, la tarea para el médico en todas las enfermedades (Groddeck no creía en la separación de lo orgánico y lo mental) era acceder por cualquier medio al Ello del paciente, e influenciarlo en sus estilos. El buscó accesos a través del uso de la dieta y del masaje, primero, y del proceso de interpretar símbolo, transferencia, y resistencia, después, pero el verdadero proceso de la curación era -como afirmó repetidamente- desconocido.

Freud recibió la primera Carta de Groddeck en 1917, una misiva larga y curiosa llena de auto-revelaciones y ejemplos clínicos. Intrigado, encantado, divertido, Freud contestó, “entiendo que Ud., me está solicitando urgentemente de una confirmación oficial de que Ud., no es un psicoanalista... Obviamente, le haría un favor si le confirmara esto... Con todo no puedo hacer eso. Debo disentir, tengo que afirmar que usted es un espléndido analista que ha entendido para siempre los aspectos esenciales de la materia. El descubrimiento de que la transferencia y la resistencia son los aspectos más importantes del tratamiento, lo convierten irremediamente en un miembro de la horda salvaje. No importa si llama al inconsciente “Ello” (Groddeck, 1977, p. 36).

Freud, en su demarcación de aquello qué se conocería como la teoría estructural, reconoció su deuda

---

1.- Todas las citas, a menos que se indiquen en forma diferente, son de esa traducción.

a Groddeck, pero convino en la traducción al inglés del “Das Es” en la palabra, Id (1923, p.23). (Véase, Spruiell, 1981a, VS81a). Pero privadamente se cauteló desde el principio de que no había necesidad de ampliar el concepto del inconsciente dinámico hacia un término más filosófico y místico<sup>2</sup>. Las diferencias sobre la traducción de Das Es en “Ello” para Groddeck y en “Id” para Freud aun persisten. A pesar de estas cautas distinciones, y a pesar de la independencia de Groddeck, Freud nunca perdió un cercano interés por él.

Freud, razonable, apesadumbrado por las responsabilidades y liderazgo, leal a la versión científica de la racionalidad de su tiempo, atento al futuro, cauto de los propios vuelos de su fantasía, talvez envidiaba la libertad de Groddeck. En 1925 le escribió, “todo de Ud., me es interesante, incluso si puedo no seguirle detalladamente, por supuesto, no reconozco mi Id, civilizado, burgués, desmistificado en su Ello. Con todo usted sabe que el mío deriva del suyo” (Groddeck, 1977, p. 93). Y a Pfister, quien como otros, atacaba a Groddeck, Freud le escribió, “yo enérgicamente defiendo a Groddeck sobre su respetabilidad. ¿Qué habría Ud., dicho si hubiera sido un contemporáneo de Rabelais?” (p. 6). Groddeck era una clase anti-racionalista de poeta y filósofo, una suerte de tonto santo; Freud, a diferencia de los de mentes más estrechas, podía apreciarlo.

En lo personal, como devoto seguidor de la psicología del Yo y del punto de vista del desarrollo<sup>3</sup>, creo que Groddeck cumplió la función de reintroducirnos al entusiasmo, terrores, riqueza, comedias y tragedias, vitalidad y felicidad de los mundos privados de la fantasía consciente e inconsciente. ¿Después de todo, no deben nuestras teorías incluir estas materias también? De hecho, creo que él nos reintroduce –a la mayoría de nosotros- en las verdaderas cualidades que nos fascinaron en relación a como vivimos el psicoanálisis. El Libro de Ello, es rico en ejemplos de fantasías inconscientes universales de la niñez, precisamente de aquellas fantasías y actos privados que tanto un observador externo como los padres no están preparados para ver (las “madres realmente entienden muy poco sobre sus hijos” [p. 25]).

Groddeck fue un niño terrible toda su vida, un proveedor despreocupado de las verdades cotidianas impactantes. ¡Con qué alegría de vivir, él celebraba las manifestaciones de la sexualidad infantil! ¡Con qué alegría azuzaba las pretensiones hipócritas! ¡Con qué satisfacción anunciaba la certeza –la necesidad– de que todos tenemos odiosidades, maldades, rencores, envidias, vanidades, y severos defectos! Las madres aman, si, pero también odian. “Escuche, yo estoy convenido de que el niño llega a nacer a través del odio” (p. 35). El odio es tan válido y necesario como el amor –como Freud (1915) había señalado-. Groddeck señalaba: sangre, excremento, semen (...); se huele lo que debe ser olido, se prueba lo que debe ser probado, y por esta vía Groddeck nunca eludió las inclemencias de su propio autoanálisis.

¿Bisexualidad? Groddeck, al igual que Freud, insiste en su universalidad. ¿Sado-masoquismo? ¿Exhibicionismo?, ¿Voyeurismo? “La verdad es que el exhibicionista está en la misma categoría que el resto de las personas etiquetada con otros “...ismos” como el sádico, el masoquista, el fetichista. Ellos son en esencia igual a aquellos a quienes llamamos sanos. La única diferencia es que nosotros nos permitimos jugar solo con nuestros deseos donde la costumbre lo permite, donde los “...istas” son añejos (p. 218).

¿Masturbación? La madre misma da a su hijo instrucciones sobre masturbación, “(a través de intercambios íntimos del tacto, cambio de pañales, bañándolo, etc.) “(ella) está obligada a hacer eso (p. 53). Pero la madre también, luego prohíbe y castiga. Por consiguiente, “en gran medida grande, nuestro mundo, nuestra cultura, ha sido ciertamente fundada sobre la masturbación. Y la masturbación finalmente regresa, al centro del escenario, como solaz en la vejez.

¿Parricidio? ¿Conflictos edípicos? ¿Ansiedad de castración? ¿Envidia del pene? Ellas son aceptadas con

---

2.- Freud, obviamente, a diferencia de Groddeck no deseaba reconocer su deuda a Nietzsche. En cuanto a misticismo y religión, Groddeck era, de hecho, un místico cristiano.

3.- Hoy en día, yo diría que no he cambiado mis intereses, pero tengo una opinión de la psicología del Yo más amplia, y más profunda, de aquella de 1979 (véase a Loewald, 1970). Todavía estoy interesado en la psicología del Yo y en el punto de vista del desarrollo, pero estoy más interesado en aquellas relaciones con el cambio –como es en el Proceso, o en la teoría Organísmica.

tolerancia, a menudo con placer. Todos, como Freud sabía, somos partes de una sexualidad infantil. Nadie nunca renuncia a ella, a lo más la reconoce. Todo lo humano es parte de Groddeck, y él sentía que debía hablar de aquello, incluyendo su propio exhibicionismo, como decía no sin ironía.

Pero él está dispuesto a enfrentar tanto el dolor como el placer, a apreciar la ubicuidad de la culpa y la ambivalencia, los temores cobardes, lo patético de la pérdida, la sumisión al destino de lo inconsciente. ¿El anhelo del dolor? La “crueldad está indisolublemente ligada al amor, y la sangre roja ejerce un profundo encanto sobre el amor pasional” (p.124). ¿Por el castigo?, “¿y luego, Ud., viene a mí con la insensatez de que los niños no deben ser castigados? Ah. . . pero el niño desea ser castigado, él anhela para sí, él clama por un golpe “(p. 123). La ley del talión siempre prevalece –“la vida del hombre esta gobernada por la ley: como tu a mí, yo a ti.” (p. 8). Y en cuanto al narcisismo, “yo soy lo que el saber llama un narcisista. El Narcisismo desempeña un gran papel en las vidas de los hombres. Si no lo hubiera poseído en tan alto grado, no habría llegado a ser lo que soy “(p. 261).

Groddeck no se permite (ni a nosotros) los alivios de las cotidianidades. “Mire a cualquier cuando piensa que está solo; inmediatamente usted verá aparecer a un niño, a veces de maneras muy cómicas; que bosteza, o que sin ninguna vergüenza, se rasca la cabeza o su fondo, o hurguea su nariz, o más aún – sí tengo la libertad de decirlo – deja escapar una ventosidad. ¡Las señoras muy delicadas también lo hacen!” (p. 16).

“Todos estos fenómenos pueden ser revelados por el proceso de la asociación libre, por el reconocimiento del símbolo, por la comprensión de los sueños. El sueño es el discurso de lo inconsciente [p. 37]). El reconoce la ubicuidad de la resistencia y de la transferencia, pero también sabe que revelarlo no produce las respuestas finales, y la naturaleza del inconsciente es apenas comprensible, y solo partes son susceptibles de comprenderse. Que difícil cosa es hablar sobre el Ello. Uno toca una cuerda riesgosamente, y luego aparece la respuesta, no de una sola nota, sino de muchas, confusamente mezcladas y esfumándose a lo lejos otra vez; o bien despertando nuevos y nuevos ecos, hasta que tal inmanejable mezcla furiosa de sonidos reflejan un balbuceante discurso que está perdido. Créanme, uno no puede hablar sobre lo inconsciente, uno apenas lo puede balbucear, o lo que es lo mismo, uno solo puede precisar algo con extrema precaución, por temor a que el engendro del infierno del mundo inconsciente emerja de las profundidades con su salvaje clamor” (p. 33).

La tribu de Groddeck son reflexiones de lo más íntimo y secreto de nosotros mismos, no más y no menos. Nosotros sabemos acerca de esos niños porque sabemos sobre nosotros mismos y sobre nuestros pacientes. “La vida empieza con la niñez, y por mil senderos sinuosos alcanzamos esa meta compleja que es la madurez, para al final, volvemos a ser una vez más un niño, pero uno cuya única diferencia con las otras personas esta en el hecho de que algunos crecen ingenuos e lúdicos “ (p. 16).

Nuestro conocimiento esta fundado en la confianza de que alcanzamos las memorias verbales, a veces hacia el tercer año, o talvez –inusualmente- un poco antes. Sin embargo, “en la mente de un niño de tres años de edad hay procesos involucrados extremadamente complejos, hay una cierta unicidad en la fuente” (p. 12). Esos primeros años, como los posteriores, permanecen vivos en lo inconsciente. De hecho, todos somos conscientes de que la reconstrucción del desarrollo basada solamente en el análisis del adulto está llena de trampas. Todos sabemos que las fantasías a menudo están confundidas con los hechos, y sabemos que más allá de esas distorsiones, la memoria del adulto evocan no solamente los datos a partir de los cuales podemos reconstruir las abstractas líneas de desarrollo; no solo los aspectos singulares de las pulsiones o de las relaciones del objeto; ni simplemente ésta o aquella dimensión cognitiva a afectiva. Sabemos que la memoria nos devuelve la totalidad de la vida psíquica y de la estructura profunda más allá de lo observable.

Pero los acontecimientos psíquicos de los (inciertoamente situados) períodos tempranos, deben deducirse a partir de las observaciones hechas dentro del campo introspectivo, así como los estudiosos del desarrollo deducen acontecimientos intrapsíquicos (fechados con más certeza) del comportamiento externo. En ambos casos, el observador fantasea acerca del comportamiento que observa, y dependiendo de cuan libre sea su fantasía, éste algunas veces podrá conjeturar algo válido sobre la vida interior del niño.

El hecho es que el psicoanálisis necesita de ambas clases de observaciones y necesita intentar integrar ambas conjeturas. Remarcando las diferencias entre las observaciones realizadas dentro del campo introspectivo de las hechas afuera, yo no pretendo desvalorizar las invaluable investigaciones psicoanalíticas sobre el

desarrollo de las últimas tres décadas -solo deseo invocar un punto de vista que aboga por una reconsideración teórica sobre la psicología del Yo y del Ello. A mi me parece imposible creer que Freud intentara que el Yo reemplazara al Ello, o que pretendiera que el psicoanálisis se orientara hacia el reconocimiento de que los seres humanos de cualquier edad viven en conflicto, preocupado de los acontecimientos que tienen que ver solo con el si mismo y la cognición, limitados por las vicisitudes de las pulsiones, la sexualidad y la agresión infantil.

Del máxima aprovechamiento de las cada vez más sofisticadas observaciones de niños y madres (y, seguramente algún día, padres), de la interpretación de esas observaciones, e incluso del “contexto” que las limitan, dependerá cuanto podremos aprender sobre los seres humanos a partir del psicoanálisis de adultos. Esperamos que los estudiosos de desarrollo por lo menos hayan sido analizados y continuarán sus propios análisis. O mejor dicho, deseamos que sean ellos quienes estén mejor calificados para continuar dedicando una parte importante de sus vidas profesionales a los pacientes adultos.

Freud tenía razón en negarse a rechazar a Groddeck, quien pese a todas sus filosóficas, místicas y religiosas inclinaciones, no estaba en última instancia interesado en buscar “seguidores” y mucho menos en fundar una “escuela”. Pues él era original, en sus textos dice, “todo aquello que suene razonable, o quizás solamente un poco extraño, se deriva del profesor Freud de Viena y sus colegas; lo que es un poco peligroso, yo reclamo mi propia cualidad espiritual “(p. 25).

Groddeck, entonces, no es un reemplazante, ni es un salvaje, ni debe ser creído en todo. Su valor, más bien, consiste en el ser un antídoto a la tendencia a olvidarse de los misterios humanos en nuestras teorías, y un antídoto a las propensiones interminables de evadir, por vía de la represión y la negación, las pasiones, agresiones, conflictos, y, permítanme decirlo, a las complejidades de nuestros niños en los años tempranos.

## REFERENCIAS

FREUD, S. (1915). Instincts and their vicissitudes. S.E., 19:12-66.

----- (1923). The ego and the id. S.E., 19:12-66.

GRODDECK, G. (1976). The Book of the It. New York: International Univ. Press.

LOEWALD, H. (1970). Psychoanalytic theory and psychoanalytic process. In Papers on Psychoanalysis, pp. 277-301. New Haven, CT: Yale Univ. Press.

SPRUIELL, V. (1981). The self and the ego. Psychoanal. Q. 50:319-344. VS81a.

**En: <http://www.analysis.com/vs/vs79a.html>**

*Volver a Bibliografía Georg Groddeck*